

Miranda por Estados Unidos: apreciaciones y reservas

Miranda in the United States: appreciations and reservations

PEDRO D. CORREA¹

Academia Nacional de la Historia

Resumen: El Diario de Francisco de Miranda, quien luego se convertirá en el Precursor de la Independencia Hispanoamericana, en su viaje por los Estados Unidos, es una fuente valiosa para conocer tanto el pensamiento del personaje como la sociedad de ese país. La fuente de un viajero permite descubrir cosas que usualmente no se encuentran en las fuentes locales porque se dan por obvias, pero con el debido cuidado de los prejuicios que pueda tener el viajero por provenir de una sociedad distinta. El viaje por el país del norte lo hace cuando apenas comienza formalmente su vida independiente y republicana. Miranda en su recorrido de 12 meses (entre 1783 y 1784) va dejando sus impresiones sobre un país donde la religión juega un papel preponderante en la vida de la sociedad, sin muchos otros espacios de interacción social distintos a la iglesia. Miranda asiste a misa en varias ocasiones, dejando sus opiniones sobre los sermones, la gente que tiene oportunidad de interactuar con él en esos espacios y las cosas que considera producto de la superchería. En su viaje quedan registradas sus opiniones sobre el sistema de gobierno, con sus ventajas y desventajas, así como sus encuentros con los personajes más importantes de la sociedad norteamericana de ese momento (George Washington y Samuel Adams, entre ellos). Reconoce en la sociedad norteamericana una sociedad trabajadora; pero critica la falta de eventos sociales, a los que acostumbra la sociedad española, y el exceso de igualitarismo en la sociedad.

Palabras clave: Francisco de Miranda, Estados Unidos, sistema republicano, costumbres norteamericanas, igualitarismo.

Summary: The Diary of Francisco de Miranda, who will later become the Precursor of Hispanic American Independence, on his journey through the United States, is a valuable source for understanding Miranda's thoughts and the US society. Travelers perceive things that aren't usually found in local sources, however, due their different origins their impressions tend to be tainted with prejudices. Miranda's journey through the US coincides at the beginning of his independent and republican life. During the twelve month journey (1783-1784), Miranda portrays a country where religion plays an important role in society, being church the only place for social interaction. Miranda attends mass several times, writes about the sermons, people with whom he interacts and the things he considers a product of trickeries. His views on the pros and cons of government and his meetings with the most important people of American society at that time (George Washington and Samuel Adams among them) were recorded in this trip. Although he recognizes in America a working society, he criticizes the lack of social events and the excess of egalitarianism.

Keywords: Francisco de Miranda, United States, republican system, egalitarianism, customs.

¹ Licenciado en Historia de la Universidad Central de Venezuela. Coordinador de Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia. Autor del libro *La Patria Pícaro* (2013) y coautor del *El Relato Invariable: Independencia, mito y nación* (2011). Correo electrónico: pdcorreaperez@gmail.com. Recepción: 20/09/2016. Aprobación: 08/01/2017.

Cómo hemos sido vistos los venezolanos por los extranjeros es una duda que ha ocupado muchas investigaciones. Los viajeros son una de las fuentes predilectas a la hora de abordar cualquier tema de nuestra historia. La visión del otro hacia nosotros es un punto de vista al que siempre se le está prestando atención en la historiografía local. Un buen número de los relatos de los viajeros que vinieron a Venezuela se encuentran traducidos y publicados en el país. De igual forma es común ver citadas sus obras en muchos libros de historia. Ahora bien, cuando el otro es uno de los nuestros, cuando es un venezolano el que viaja a tierras extrañas y plasma sus impresiones, la revisión de sus opiniones también puede resultar relevante. Sobre todo cuando no es un personaje cualquiera, sino que se trata de Francisco de Miranda, el Generalísimo, el precursor de la independencia americana, el hombre de las tres revoluciones, el venezolano universal –entre otros títulos recibidos– y el destino es, nada menos que, los Estados Unidos de Norteamérica; nación que apenas está saliendo de su guerra de independencia y cuyo experimento republicano es en ese momento del interés para todos. Las impresiones de nuestro prócer quedan en su diario de viaje, el cual justamente comienza con este recorrido por los EE.UU. y lo continúa en el que hizo por Europa y parte de Asia.

Hay que hacer aquí varias precisiones. La fuente viajero, lo alertan los estudiosos que la han trabajado, no es objetiva; simplemente permite una visión desde afuera. El viajero resalta cosas que para los locales son habituales, normales si se quiere, y no suelen quedar registradas en tanto son obvias para sus habitantes; pero también es un testimonio que viene cargado de la subjetividad, de la realidad y el parecer del viajero.² En este caso particular resulta una fuente doblemente beneficiosa para la investigación, no sin la cautela necesaria.

El diario de Miranda en su paso por los EE.UU. permite acercarnos a la realidad de la nación del

norte, pero también aproximarnos a la mentalidad de una de las figuras más importantes del proceso de independencia en Hispanoamérica. Evidencia un momento crucial en la vida del prócer, es donde expresa por primera vez su idea de luchar por la independencia de Hispanoamérica y diseñó, junto al general Henry Knox, un rudimentario plan para ejecutarla. También porque, tomada la decisión de organizar una expedición para liberar a Venezuela, recalca en los EE.UU. y retoma el contacto con varios de los personajes, actores políticos de peso que conoció en este primer viaje.

I. El viajero

El 16 de abril de 1783, Miranda le escribe dos cartas a Juan Manuel de Cagigal, quien se había convertido en su mentor desde la llegada a La Habana. En la primera le dice que ha decidido desertar del ejército, ha comprendido que las autoridades de la Corona no están buscando a un delincuente, sino, por el contrario, están tratando de apresarlos con cualquier excusa; por ello cree inútil el viaje que tenían proyectado ambos hacia Madrid, para defenderse de las acusaciones. Ciertamente Cagigal lo ha cobijado bajo su ala y lo había protegido de varias acusaciones que se le habían hecho durante su estadía en la isla de Cuba. Pero, ahora, los dos estaban acusados. Cagigal, convencido de la inocencia de ambos, lo había persuadido de que se presentaran en Madrid para aclarar la situación. En un principio el pupilo había aceptado y arreglado todo para el viaje, pero en la última escala antes de pasar a Europa, cambia de idea y escribe la carta que venimos comentando. En la segunda misiva, le habla de sus planes: pasar a los EE.UU. y conocer ese país, luego visitar Europa y así continuar así perfeccionar su educación.³

El Francisco de Miranda que recorre los Estados Unidos es un hombre relativamente joven que aún no está frontalmente enfrentado al régimen español. Apenas ha escapado de La Habana para librarse

2 Para mayor profundidad en el tratamiento de la fuente de viajeros, sus posibilidades y limitaciones pueden verse los trabajos de Elías PINO ITURRIETA y Pedro CALZADILLA, *La Mirada del otro: viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX*, Caracas, Fundación Bigott, 1993 y Pedro CALZADILLA, “De cómo pueden ser criollos los discursos de los viajeros extranjeros del siglo XIX” en José Ángel RODRÍGUEZ (compilador), *Visiones del Oficio, Historiadores venezolanos en el siglo XXI*, Caracas, Academia Nacional de la Historia - Universidad Central de Venezuela, 2000, pp. 565-573.

3 Ambas cartas se pueden consultar en Francisco de MIRANDA, *Archivo de Miranda*, Caracas, Parra León Hermanos Editorial Sur-América, tomo VII, 1930, pp. 5-10. Este no fue el primer encuentro de Miranda con la justicia española. Para una relación completa de las distintas prisiones, acusaciones y conflictos con sus superiores durante su servicio en el Ejército español sugerimos revisar las biografías de William SPENCE ROBERTSON, *La vida de Miranda*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2006, pp. 15-31 e Inés QUINTERO, *El Hijo de la Panadera*, Caracas, Editorial Alfa, 2014, pp. 21-35. En ese momento Francisco de Miranda también era objeto de una investigación secreta por parte de la Santa Inquisición; aunque él no estaba al tanto de dicha investigación, el dato demuestra hasta qué punto estaba en la mira del poder en el momento que decide desertar.

de un juicio que le parece injusto.⁴ Aún no es el adalid de la libertad. De hecho, lleva cartas de su buen amigo el General Juan Manuel Cajigal para los oficiales españoles en los EE.UU. y es bien recibido por el funcionario de Carlos III, al punto de alojarse en casa del propio Francisco Rendón, agente de negocios de España ante el gobierno estadounidense. Miranda ya hacía trece años que había dejado la Capitanía General de Venezuela para ir a España, había estado destacado en África, en el Caribe hispano, en Jamaica y en la Florida. Al momento de comparar lo que ve en los EE.UU. no usa como referencia Caracas sino La Habana, México y Europa, esto representa un dato sobre cómo sus lazos con Venezuela se han ido diluyendo. Mientras que sus vínculos con la nación española quedan patentes cuando registra en su diario el encuentro con otros españoles. De Rendón dice al principio que “la conducta y trato de nuestro agente son correctos y decentes en toda circunstancia”,⁵ luego, al conseguir un catalán bígamo e inculto, se desahoga: “las muestras de la nación española por estos lugares, y por los otros Miralles y Rendón, para que estos pueblos se formen una idea de nuestro carácter, usos, costumbres, etc. ¡viva el maldito gobierno!”⁶ Queda claro en las citas su adscripción a la nación española y, en justicia, también sus inconformidades con la corona.

En las biografías sobre Miranda se puede ver el buen recibimiento del que fue objeto en su viaje, muchas de las personas que conoció durante el viaje escribieron a otras personas de otras ciudades cartas recordándolo en términos muy elogiosos, William Spence Robertson y Carmen Bohórquez, cada uno en su biografía, citan algunas de estos testimonios.⁷

Miranda escribe el diario de forma bastante consecuente a lo largo de su viaje por los Estados Unidos. En el año completo que le lleva el recorrido, el periodo más largo que deja sin escribir es del 4 de junio al 24 de julio de 1784, del resto escribe de forma regular. Sigue siendo un militar de carrera y por ello muchos de los lugares a los que se dirige

son campos de batalla de la recién terminada guerra de independencia, así como fuertes y cuarteles, analiza la disposición de los ejércitos en las batallas y las acciones de cada bando, deja asentadas sus impresiones y no en pocas ocasiones menciona la suerte con la que corrió el bando patriota. Más allá del interés militar, se revela como un sujeto curioso y observador. Tanto que se toma el tiempo para visitar los cementerios y revisar las lápidas para ver cuál es la longevidad promedio. Anota en cuáles pueblos descubre que la gente goza de larga vida y se esfuerza en dejar en su diario descripciones de la fauna del lugar. Refiere al sapo *bull-frog*, cuyo sonido le incomodaba a la hora de dormir, y su admiración por el *mocking bird*, que cuenta con una variedad de tonos y melodías.

En el diario también se encuentra una buena cantidad de anécdotas y hechos pintorescos con los que topó Miranda en su viaje. Lo retan a un duelo, que no se llevó a cabo porque se aclaró el malentendido; va al dentista tiene la oportunidad de ver a un niño con la cabeza gigante, tan grande que no podía levantarse de la cama; y no deja de mencionar la belleza de la mujer norteamericana donde la consigue, consigna testimonio de los lances amorosos que entabla.

II. Apuntes sobre la sociedad norteamericana

Nuestro viajero desembarca el día 9 en las costas de New Bern y a los pocos días ya va marcando sus impresiones sobre el viaje y sobre la sociedad que contempla. Sobre hombres y mujeres apunta que:

Las mujeres en particular las casadas guardan una reclusión monástica y una sumisión a sus maridos cual no tengo vista jamás: visten pulcramente y toda su vida es doméstica. Después que se casan se apartan de toda amistad íntima [...] los hombres visten con negligencia y groseramente, todos fuman tabaco y por lo general en pipa, que es peor [...]⁸

4 Sobre las incidencias del caso puede revisarse el libro Manuel HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Francisco de Miranda y su ruptura con España*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2006. De hecho Francisco de Miranda es absuelto de todos los cargos que le fueron imputados por ese juicio. Pero cuando llegue la sentencia, será muy tarde, ya se encontrará trabajando sostenidamente por la independencia americana.

5 Francisco de MIRANDA, *Peregrinaje por el país de la libertad racional (1783-1784)*, Caracas, Oficina Central de Información, 1976, p. 65. El resaltado es nuestro.

6 *Ibidem*, p. 123. El resaltado es nuestro. Se refiere a Juan de Miralles quien era el agente de negocios de España anterior a Rendón. En el diario Miranda no dejó queja alguna hacia este personaje, excepto la cita que presentamos.

7 William SPENCE ROBERTSON, *La vida de Miranda*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2006; Carmen BOHÓRQUEZ MORAN, *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de la América Latina*, Caracas, Fundación Editorial el Perro y la Rana, 2006.

8 Francisco de MIRANDA, *op. cit.*, pp. 24-25.

Miranda se enfrenta a una sociedad reservada, de hecho muy reservada, que no hace bailes de salón, que no organiza tertulias, en la que las actividades sociales son muy reducidas. Esto choca con las prácticas que trae Miranda. “en este lugar no se estila convidarse unos a otros, la sociedad está desterrada, y cada uno se encierra en su casa con su mujer a gozar de los llamados placeres domésticos! ¡Con su pan se lo coman!”⁹ registra en su diario. En otra ciudad escribe, y parece que hasta con cierto disgusto, que debe regresar a su casa a comer solo “pues esto de convidar a nadie, ocuparse del extranjero, promover la vida social está aún muy remoto en esta gran ciudad, capital del famoso estado de Connecticut!”¹⁰ Pero para nuestro viajero esto es símbolo de atraso, de primitivismo si se quiere, en ningún momento algo admirable o signo de avance. Sin embargo, esta severidad en el juicio se va matizando con el tiempo y cuando en Filadelfia, ciudad capital de la nueva nación, entra en contacto con más extranjeros y estos se quejan del carácter huraño de los estadounidenses, dice “Yo solo he observado cierta reserva y retraimiento al empezar a tratarlos sobre todo en las mujeres [...]”¹¹ Y reflexiona en su diario acerca de las razones de esto:

[...] tiene su origen, posiblemente, en que no están acostumbrados, desde sus primeros años al trato general de las gentes, y en que tampoco frecuentan después reuniones públicas, que ofrecen la oportunidad de comparar los diversos usos y costumbres, cosa que ensancha la idea y forma, en nosotros, un trato liberal, franco y generoso. Esta cualidad es mucho más importante en sociedad que las que se deriven de la riqueza o de los vastos conocimientos.¹²

Destaca Miranda que por esta falta de actividades sociales muchas personas se dedican a la lectura y de allí el alto nivel de instrucción que tienen. Para Miranda la sociedad norteamericana es una sociedad trabajadora pero no una sociedad rica, al menos en su apreciación. Hay poca ostentación.

El tema de las formas y la etiqueta está muy presente en las observaciones de Miranda. En las distintas ciudades anota el cuidado, o no, que ponen

al vestir tanto damas como caballeros. En la mayoría de las ocasiones no consiguen su aprobación. Queda aún más impresionado con la forma en que son llevadas las pocas celebraciones públicas que se realizan. Sobre una barbacoa dice:

A eso de la una del día hubo un “barbeche” esto es, un cochino asado, un tonel de ron, lo que comieron y bebieron en completa promiscuidad los primeros Magistrados y gente del país, mezclados con la más baja y soez clase popular, dándose las manos y bebiendo del mismo vaso. Es posible concebir, sin haberla visto, una asamblea más puramente democrática [...].¹³

El orden debido, el respeto a las normas y la etiqueta, parece del todo trastocado ante los ojos de Mirada. La sociedad norteamericana siempre ha sido vista como una sociedad segmentada y dividida; sin embargo, a finales del siglo XVIII se ve como una sociedad demasiado igualitaria, al menos para un observador venido de la sociedad colonial española, con sus castas y estamentos. De los pocos bailes a los que asiste solo deja clamores y lamentos. En la propia Filadelfia comenta las incomodidades de ir al teatro, asiste a una obra que, en sus palabras, quizás era de las primeras obras montadas porque las leyes cuáqueras las prohibían. El público desbordó el teatro pobremente acondicionado para tal actividad. Él ha adoptado los usos europeos, pero se queja cuando ve la implementación de modas francesas.

Las escuelas de “Danza Francesa” van a la par y tan numerosa, que hasta los negros tienen la suya a la que asisten desde siete millas de distancia, dos veces por semana. No hay mecánico que no envíe sus hijas con predilección a este importante ramo de la educación “democrática” americana [...].¹⁴

La referencia muestra el valor que la moda francesa tenía en la sociedad norteamericana, es llamativo que todos se esforzaran, desde negros y mecánicos, como despectivamente lo señala Miranda, para que sus hijos aprendieran estas formas de la alta sociedad. Esto habla de las aspiraciones de ascenso de los

9 *Ibidem*, p. 171.

10 *Ibidem*, pp. 113-114.

11 *Ibidem*, p. 66.

12 *Idem*.

13 *Ibidem*, p. 25.

14 *Ibidem*, p. 154.

ciudadanos de todos los estratos, además de las danzas, en muchas ciudades observa que se juega el billar, moda que también viene de Francia. Por otra parte queda al descubierto que Miranda mantiene una visión elitista, parece que los goces del baile, que tanto ha añorado a lo largo de su viaje, no son para todos. También critica el comportamiento de los ricos, como quien todavía se guía por los valores de la hidalguía y el honor: “Lujos, ostentación y algo de vanidad son los rasgos predominantes en el carácter de los que se llaman ricos hoy en día”.¹⁵ No solo son los valores republicanos, al exceso de igualitarismo en las celebraciones públicas dentro de la sociedad norteamericana se suma otra situación que desde la vista de Miranda es criticable, y es el valor que se le da al dinero en dicha sociedad. Igualmente se extraña al conocer a Wilson y a L’Hommedien, miembro de la Asamblea Legislativa uno y Senador del Congreso Continental el otro, quienes son de los hombres más cultos que trata durante su viaje, quienes ocupan puestos principales dentro del Estado y que, sin embargo, viven en una pobreza y estrechez increíble. Situación inconcebible para la mente de Miranda, para quien la cultura y los puestos de dirección de la sociedad están aparejados con lujos y con una vida sin preocupaciones.

El contraste de lo que Miranda ve en la sociedad norteamericana y la visión de lo que él, como miembro de la corona española, considera correcto es notable. Recordemos que su padre Sebastián Miranda entabla en 1769 querrela contra el Cabildo de Caracas, integrado por las principales familias de la ciudad, para que se le reconozca su derecho a portar el uniforme y el bastón de oficial como Capitán de la milicia de blancos. Reclamo que le es reconocido por el Rey de España.¹⁶ Lo que demuestra el valor que bajo la corona española tenían los usos, símbolos y las distinciones. Con este bagaje encima son comprensibles los juicios que hace sobre una sociedad donde tales cosas no se perciben.

Una sociedad reservada y también muy religiosa. El diario de viajes está lleno de incidentes sucedidos en domingo, día que se debe dedicar al Señor. En New

Bern el posadero le reclama que no toque la flauta por respeto al día, otro domingo tuvo problemas por jugar a los naipes. Cuando viaja desde Boston hacia Portsmouth, teniendo que atravesar un río, relata que “siendo domingo no quiso el barquero pasar al coche, hasta que otros enviados suyos –bajo mano– lo hicieron con retardo, obligando, tanto al cochero como a nosotros, a pagar el pasaje doble. No está mal esta estratagema religionaria”.¹⁷ El domingo es un día que la sociedad norteamericana, independientemente de cuál sea la congregación a la que pertenezca, dedica al Señor y al descanso.

Tanta devoción religiosa hace de la iglesia uno de los lugares más importantes de la ciudad y un sitio de encuentro, así como de las misas eventos de concurrida asistencia. Pronto Miranda asiste regularmente a este lugar donde puede ver a quienes solo hacen vida hogareña, lo que le permite observar y descubrir más cosas de la sociedad estadounidense. Apunta en su diario, “el objeto de la juventud no es solamente el celo religioso, pues como no hay paseos, ni sitios públicos de reunión, la iglesia lo suple todo”.¹⁸ Es pues la iglesia el principal lugar de socialización. En otra ciudad le llama la atención no solo lo concurrida de la asistencia, sino el cuidado y arreglo que las muchachas tienen al ir a misa que, en su entender, es por la misma razón. La iglesia es el principal espacio público.

Asiste a numerosas misas en su viaje, comenta los sermones que más le impactan y sus impresiones sobre los diversos ministros que tiene la oportunidad de escuchar. Pero Miranda es un libre pensador, un hombre de la ilustración, y no deja de criticar el fanatismo y a una sociedad que le parece en exceso puritana. Al presenciar un bautizo bautista en un río, expresa “¡cuánta superchería y simpleza!”¹⁹ y se molesta en otra iglesia cuando el sacerdote obliga a los padres de un niño a que confiesen en público que han tenido relaciones sexuales antes del matrimonio para poder bautizar a la criatura. Ante la importancia de la iglesia, Miranda concurre a misa, pero parece más interesado en las posibilidades de conocer a la sociedad que en escuchar

15 *Ibidem*, p. 153.

16 Sebastián Miranda ante la queja que los blancos principales habían hecho de su nombramiento renuncia al cargo, pero no a las prerrogativas y distinciones que con él había adquirido y demandó a Juan Nicolás de Ponte y Mijares y Martín Tovar y Blanco por injuria, así como promovió una certificación de limpieza de sangre tanto de él como de su esposa. El hecho se encuentra relatado en casi cualquier biografía de Francisco de Miranda. Para profundizar sobre el caso pueden revisarse: Ángel GRISANTI, *El proceso contra don Sebastián de Miranda, padre del precursor de la independencia continental*, Caracas, Editorial Ávila Gráfica, 1950; Inés QUINTERO, *El Marquesado del Toro*. Caracas, Academia Nacional de la Historia - Universidad Central de Venezuela, 2009, pp. 77-91, quien trabaja profundamente el tema porque el Marqués del Toro es uno de los querellantes.

17 Francisco de MIRANDA, *op. cit.*, p. 167.

18 *Ibidem*, p. 40.

19 *Ibidem*, p. 145.

la palabra del Señor. Aunque reconoce como un valor importante que todas las religiones y dogmas sean respetados y tengan posibilidad de existir en los Estados Unidos.

De igual forma Miranda expresa que el pueblo norteamericano es un pueblo trabajador; industrioso es la palabra que le gusta usar. Ya sea en las ciudades o en las zonas campestres, siempre está haciendo alusión al tema. Cuando llega el invierno y las temperaturas bajan muchísimo, lo que obliga a tener una hoguera encendida en la casa todo el día, Miranda escribe admirativo: “¡Con cuantas desventajas luchan estos pobres habitantes y cuantos obstáculos vence su infatigable industria!”²⁰

La primera ciudad que realmente llama su atención es Filadelfia. Queda muy sorprendido de lo que observa en la ciudad, es mayor el contraste si se toma en cuenta que lleva casi seis meses recorriendo el país y lo único que le ha parecido resaltante es el paisaje y el buen estado de los caminos. De la capital de la nación dice:

La limpieza, simetría y extensión de las calles, su iluminación por las noches y la vigilancia de los guardias establecidas en cada esquina para la seguridad y buen orden de la ciudad, convierten a Filadelfia en una de las más agradables y mejor organizadas ciudades del mundo.²¹

Es notable la impresión que causa Filadelfia en Miranda, quien la considera boyante y en cuyo puerto llegan barcos de los más diversos lugares del mundo. Es la única ciudad de la que escribe y da detalles; de Nueva York apenas comenta su paisaje y lo bello de sus campos. De Boston no hace juicio, visita los principales edificios y ninguno consigue su aprobación.

De New Jersey, donde se sintió muy a gusto, expresa: “No tiene la suntuosa apariencia de la Habana o South Carolina, por ejemplo, pero sí la de una comunidad rural y feliz [...]”²² Aunque no hay gran ostentación ni edificios, el ambiente de la ciudad le gusta. En todos los lugares que va, visita universidades (Yale, Harvard, etc.), colegios y bibliotecas públicas, en varias ocasiones muestra su asombro por lo bien provistas que están estas instituciones.

III. Apuntes sobre la República

Pero no solo es la sociedad y sus costumbres lo que llama la atención de Miranda, también anota observaciones acerca del sistema político. La república como sistema y las maneras de comportarse que impone llaman su atención. Es probablemente el espíritu igualitario lo que más choca en Francisco de Miranda al hablar de las costumbres republicanas, ya lo vimos mofarse de la *barbecue* y de las pretensiones de aprender bailes franceses, tópico que sigue apareciendo en sus crónicas. En algunos de los viajes por el interior del país anota:

No dejaré de mencionar que el espíritu de republicanismo que reina en este país es tal, que durante todo el viaje, el mozo de mulas que conducía el carruaje se sentaba en la mesa junto con todos los pasajeros y a mí me costó no poco trabajo conseguir que a mi criado le diesen de comer separadamente.²³

Del mismo modo se impresiona cuando en un bar un borracho insulta a un juez de paz y a un abogado y, sin embargo, “nadie se atrevió a contenerlo o echarlo fuera, a pesar de que los personajes insultados pertenecían a la policía del lugar”.²⁴ Sin lugar a duda estas afrentas a la dignidad y la calidad de las personas son muy molestas para Miranda. De sus observaciones se desprende su dificultad para digerir el trato igualitario de esa sociedad. Es en este sentido un hombre del antiguo régimen. La transformación de la sociedad norteamericana parece radical si se la compara con los usos que se estilan en una monarquía, a juzgar por la honda impresión que deja en nuestro viajero. Pero no todo es malo en el espíritu republicano. Al llegar al Fuerte de West Point, hoy Academia Militar, se sorprende de que:

Sin que nadie investigue ni se cuidara de saber quiénes eran los forasteros recién llegados. Esta es una de las más admirables circunstancias que se disfrutaban en un país libre ¿Cuántas formalidades no hubieran sido necesarias en Francia, Alemania etc. antes de que se nos hubiese permitido entrar a ese puesto militar?²⁵

20 *Ibidem*, p. 171.

21 *Ibidem*, p. 53.

22 *Ibidem*, p. 110.

23 *Ibidem*, p. 110.

24 *Ibidem*, p. 87.

25 *Ibidem*, pp. 87-88.

Pareciera que dentro de la mente de Francisco de Miranda se estuviera dando un debate sin conclusiones definitivas, al menos no hasta ese momento. Esto se nota al ver algunas impresiones que deja asentadas en su diario al conocer algunos personajes. Al frecuentar con un tal Barriera, expresa que es uno de los pocos franceses “capaces de discernir, en medio de sus preocupaciones nativas, las ventajas de un gobierno libre en comparación con cualquier otro despotismo, y que tenga ideas republicanas [...]”.²⁶ Al tratar a Joaquín Quintana, dice que es “uno de los poquísimos hombres de mi nación que hayan comprendido la excelencia de la Constitución Británica[...]”.²⁷ Hay, ya se ha comentado, una inconformidad en Miranda con el gobierno español y al mismo tiempo se aprecia la admiración que siente por el modelo inglés. También reflexiona, muy acorde con la ilustración, sobre las nuevas formas de gobierno y de organización, pero sin que nuestro personaje se decante por alguna en particular. Alaba la constitución británica, también el republicanismo, así como no deja de quejarse de los excesos que se cometen en él.

Igualmente le impresiona el cumplimiento puntual de las leyes. Narra una anécdota de la guerra de independencia que escuchó y según la cual un campesino demandó a un campamento de soldados franceses que estaban en su tierra para que pagasen por la ocupación. Sin armas, pero con la ley de su parte, logró que el general Conde de Rochambeau²⁸ fuera citado por el sheriff del pueblo y le fuera cancelada la deuda que no superaba los 15 pesos. Admirado Miranda reflexiona:

Con semejantes procedimientos tienen que estar florecientes los países más áridos y desiertos, y es natural también que los hombres más pusilánimes y primitivos sean dentro de poco tiempo honestos, justos, industriosos, sabios y valientes.²⁹

Francisco de Miranda tiene en su viaje la posibilidad de entrar en contacto con lo más granado de la sociedad norteamericana, las principales figuras de la

guerra de independencia y de los inicios republicanos establecen relaciones y se reúnen con Miranda.³⁰ Contactos que serán de utilidad cuando intente su incursión a tierras venezolanas en 1806. Estando en Filadelfia puede presenciar la entrada de Washington a la ciudad. Al describirla Miranda apunta que “Niños, hombres y mujeres mostraban tal contento y satisfacción como si el Redentor hubiese entrado en Jerusalén”.³¹ Y no deja de criticar la devoción que el pueblo muestra por el general:

[...] es cosa bien singular, por cierto, que, con tantos personajes ilustres como hay en América, que con su virtud y talento ha forjado la grande y complicada independencia nadie tiene mayor aplauso general ni la popularidad de este jefe, mejor dicho, no la posee nadie más que el [...].³²

Miranda ha conocido a muchos de esos personajes ilustres a los que se refiere. Y no deja de anotar que “bien que no faltan filósofos que lo examinan a la luz de la razón, y conciben una idea más justa de la que el alto y bajo vulgo tiene imaginada”.³³ De hecho el propio Miranda se reúne con el General Washington; pocos días después, lo describe como un hombre parco, de carácter taciturno y poco expresivo, y decide no escribir ningún juicio en su diario sobre la personalidad del general hasta contar con más datos, que nunca consigue, o al menos eso parece porque no vuelve a tratar sobre el tema. Pero no por ello le deja de parecer censurable la idolatría de la sociedad hacia un solo hombre, independientemente de los logros o virtudes del individuo y, más aún, si son producto de un esfuerzo colectivo, como Miranda entiende la independencia norteamericana. La admiración a Washington no permite apreciar al bajo pueblo, las dimensiones reales de la gesta emancipadora.

De hecho es en este viaje que Miranda comienza a contemplar la idea de libertar la América hispana y por ello sostiene conversaciones con Hamilton y con Henry Knox. En el Archivo de Miranda se conserva una lista con nombres de generales que podrían estar interesados

26 *Ibidem*, p. 56.

27 *Ibidem*, p. 57.

28 Jean Baptiste Donatien de Vimeur (1725-1807), Conde de Rochambeau, fue el jefe de las fuerzas francesas que apoyaron a los americanos durante la guerra de Independencia.

29 Francisco de MIRANDA, *op. cit.*, p. 93.

30 Hacer una relación pormenorizada de todas las personas con las que entra en contacto en Norteamérica puede ser larga y tediosa. Alguno de los más importantes, además de los referidos en el trabajo, son: Thomas Jefferson, Alexander Hamilton, Henry Knox, Thomas Paine.

31 Francisco de MIRANDA, *op. cit.*, p. 67.

32 *Ibidem*, p. 67.

33 *Idem*.

en apoyar la independencia y lleva por título “Notas de Mr. Hamilton”. En las cartas citadas por Robertson, muchos testimonian su amor por la libertad, pero nada de esto queda escrito de su puño y letra en el diario. Ejemplo de las transformaciones que se están dando en Miranda a lo largo de este viaje por los EE.UU.

En el diario asienta su buena opinión sobre Benjamin Franklin, notas sobre sus notables descubrimientos y aportes a la sociedad no solo por las leyes de la electricidad, sino también por inventos ingeniosos usados en la vida cotidiana y en el mundo militar. Miranda tiene mucho interés por la ciencia; de hecho tiene la oportunidad de encontrarse con David Bushnel³⁴ y con un señor de apellido Sullivan, quien inventó un barco en el que la labor de remar la hace un caballo y por ello es mucho más veloz. Se queja Miranda de que estos hombres que han aportado tanto a la sociedad no gocen del suficiente reconocimiento: “Ambos inventores están vivos y ni siquiera las gracias han recibido de su patria... ¡Viva la democracia!”³⁵

Si en otros aspectos hemos mencionado que Miranda es un hombre apegado a los valores del antiguo régimen, hay que puntualizar que con respecto a la ciencia y la razón es un hombre moderno. Se interesa por los científicos y porque su labor sea reconocida, visita las universidades y presta atención a los títulos que existen en las bibliotecas públicas. De hecho, él ya se ha hecho una buena biblioteca personal y en el diario deja testimonios de días enteros dedicados a la lectura. Cuando conoce a Phillis Wheatley, primera escritora afroamericana publicada en los Estados Unidos, concluye: “Aquí se ve que el ser racional es el mismo en cualquier forma o aspecto. Aun las leyes más crueles de abstinencia, al goce del más sublime de los placeres, están preservados en este negro ser”.³⁶ Aunque no tiene especial prejuicio contra los negros, tampoco tiene un gusto especial hacia la igualdad. Muestra de que Miranda vive en una época de transformación y se suceden en su pensamiento varias paradojas.

Otra de las grandes personalidades con las que tiene la oportunidad de hablar durante su viaje es con Samuel Adams, nada menos que uno de los Padres Fundadores, participante de los dos Congresos Continentales y firmante del acta de independencia. En la conversación Miranda le hace dos objeciones a la Constitución norteamericana. La primera:

¿Cómo es una democracia cuya base era la virtud, no se le señalaba puesto a esta, y por el contrario todas las dignidades y el poder se daba a la “propiedad” que es justamente el veneno de una República semejante?³⁷

Ya se ha anotado como censuraba Miranda a los ricos, ahora otra vez la emprende contra la propiedad a favor de las dignidades, idea en la que no se expande mucho, pero que parece apuntar hacia valores intangibles de los que la caballería y el antiguo régimen hacen mucha gala. Valdría matizar y recordar a Bolívar en el discurso de Angostura pronunciando la frase “Moral y luces son nuestras primeras necesidades” o que en la Constitución de Venezuela de 1811, sancionada en el Congreso General en el que Miranda fue constituyente, se estableció el voto censitario.³⁸ El tema de las dignidades y la virtud no desaparece en la república, pero lo que sí sucede es que se reformula.³⁹ Valdría la pena que se investigara el tema para ver cómo estas se reacomodan en el cambio de sistema político. La segunda objeción es de carácter religioso:

La contradicción que observaba entre admitir como uno de los derechos de la humanidad tributar culto al Ser Supremo del modo y forma que le parezca, sin dar predominancia a ley o secta alguna, y que después se excluía de todo cargo legislativo o representativo al que no jurarse ser de la religión cristiana.⁴⁰

Miranda es un libre pensador, quien en su diario ha dejado constancia de todo lo que considera superchería

34 A David Bushnel (1742-1824) se le atribuye el invento de “La Tortuga”, considerado el primer submarino usado en combate durante la guerra de Independencia en la que también participó.

35 *Ibidem*, p. 119.

36 *Ibidem*, p. 155.

37 *Ibidem*, p. 154.

38 Así lo establecía el artículo 26 de la Constitución. *La Constitución Federal de Venezuela de 1811 y Documentos Afines*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2009, p. 150.

39 Para la comprensión de lo que se entiende por República y republicano en Venezuela para este período recomendamos el trabajo de Carole LEAL, Carolina GUERRERO y Elena PLAZA, “República” en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (director), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*, Madrid, Fundación Carolina - Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales - Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 1369 - 1380.

40 Francisco de MIRANDA, *op. cit.*, p. 154.

y de los abusos que el puritanismo hace en Norteamérica, no desaprovecha la ocasión para mencionárselo al importante personaje. Es cierto que ha quedado impresionado por la tolerancia religiosa que se vive en los Estados Unidos y quizás por eso cree que se puede avanzar más en esta materia. El propio Miranda en sus proyectos de constitución apoya la libertad de culto en Venezuela.

Son pocas las objeciones que hace Miranda al cuerpo legal, parece que no es en las leyes donde encuentra el problema del sistema republicano sobre el que bastante ha ironizado. Tiene otra oportunidad de hacerlo cuando asiste a la asamblea legislativa del estado de Massachusetts. Miranda se lleva una muy mala impresión del sistema democrático:

Uno venía recitando copias que había tomado de memoria en medio del Debate que no entendía. Otro al final de este, y de haber hablado por dos horas del asunto, preguntaba cuál era la moción a votar y así la mayor parte de ellos, de modo que los puntos más absurdos e injustos se han visto propuestos, debatidos y aprobados en estas democráticas asambleas por todo el continente.⁴¹

En definitiva, Miranda no parece cautivado por la República, mucho menos por el asambleísmo y el igualitarismo que le viene aparejado. Cada vez que ha podido lo ha criticado. Pero a juzgar por las veces que lo menciona parece que la asamblea es un espacio bien definido y recurrente de la sociedad norteamericana. Hay una verdadera vocación al diálogo y a la discusión en los estadounidenses del siglo XVIII, más allá del nivel de quienes lleven adelante el debate.

IV. Reflexiones finales

Para Miranda su viaje por los Estados Unidos es el inicio de un largo periplo que lo llevará hasta las lejanas Rusia y Turquía, así como por casi toda Europa, viaje en el que continuará su formación y su estudio de los distintos modelos políticos. Pero también es el inicio de su ruptura con la Corona española, ya aquí sostiene sus primeras conversaciones sobre la libertad de Hispanoamérica que luego se convertirá en su gran proyecto. Pero aunque inicie aquí, no piensa que es el lugar

donde puede lograrlo. Miranda se residencia en Londres, y durante un tiempo en París; cree que son estas grandes potencias las que pueden ayudarlo a lograr su plan, a los EE.UU. lo aprecia como un actor con peso para lograr este cometido. Solo será en 1805, cuando ya esté cansado de las dilaciones del gobierno inglés, cuando pase a la nación americana para intentarlo desde allí, y nótese que al fracasar decide regresar a Londres. No parece del todo descabellado creer que el exceso de igualitarismo haya estado entre las razones que lo hicieran preferir a los países europeos entre los proyectos que presenta para la independencia. Tal vez los Estados Unidos de Norteamérica son muy distintos a lo que sueña para su país.

El Estados Unidos que describe Francisco de Miranda es un país de un ferviente espíritu religioso, donde la iglesia es un baluarte de la sociedad y donde los sacerdotes son de las figuras más relevantes y poderosas de la comunidad. Las actividades sociales son pocas y alejadas de la etiqueta europea y, aunque las modas francesas despiertan algún interés entre los norteamericanos, en general parece que el comportamiento social se rige por cánones distintos a los europeos. Probablemente en esto el peso de la religión protestante juegue un papel importante. Una sociedad llena de individuos trabajadores y donde el valor de la propiedad y el dinero empezaban a marcar un signo de distinción por encima de los valores tradicionales es otro punto que la diferencia de los estándares europeos.

El experimento republicano, único en el mundo para ese momento, llama la atención de Miranda en lo que tiene de avanzada en cuanto a la libertad individual, pero le generan muchas reservas sus prácticas igualitarias, así como el hecho de que no sean siempre los mejores los que salgan electos para los cargos de dirección. Se trata de una sociedad donde la figura de la asamblea juega un papel importante en la resolución de cualquier materia, ya sea desde el poder legislativo federal, las asambleas estatales o en las ciudades. Lo que habla de una sociedad volcada al debate y la discusión para la resolución de sus conflictos y al mismo tiempo al individualismo como un valor esencial de la sociedad, no solo en sus costumbres sino en su política. Pero donde existe el riesgo que la sociedad termine gobernada por los peores, debido a los excesos de la libertad y la igualdad.

⁴¹ *Ibidem*, p. 156.